



ORACION CIVICA

PRONUNCIADA

POR EL CIUDADANO

ESTEVAN LAMADRID,

EL DIA 27 DE SETIEMBRE

DE 1852.



PUEBLA.

IMPRENTA DE J. M. MACIAS,

calle de Micieses núm. 2.

ORACION CÍVICA

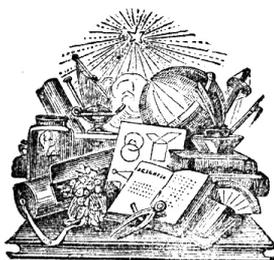
PRONUNCIADA

POR EL CIUDADANO

ESTEVAN LAMADRID,

EL DIA 27 DE SETIEMBRE

DE 1852.



PUEBLA.

IMPRENTA DE J. M. MACIAS.

calle de Micieses número 2.



Iturbide de Macías.

Agustín de Iturbide
[Signature]



Necesario es que saquemos provecho de estas mismas turbaciones; porque suele suceder en las crisis, que de lo sumo del mal nace el remedio; y así se ha visto en ciertas épocas, que la regeneración de un pueblo ha comenzado en los tiempos de su mas profunda decadencia.

MIRABEAU. Ensayo sobre el despotismo.

CONCIUDADANOS:



AN acostumbrado los oradores de esta festividad al ensalzar las virtudes del caudillo de Iguala, presentarle á nuestros ojos como el único autor de la independencia, haciendo desaparecer así ante la imágen del héroe la de la nación toda. La gratitud y el empeño de formar un cumplido elogio los han obligado á decir, que aquietadas las turbaciones del primer levantamiento, y olvidada la colonia de su libertad, ITURBIDE alzó su voz para animar los corazones desalentados; y que trazando un plan maravilloso y aviniendo voluntades, súbitamente cortó los lazos que ligaban la Nueva España con la antigua. No quiera Dios que yo rebaje ni una sola línea el mérito de tan esclarecido varon; y menos en esta solemnidad y ante vosotros, que estais reunidos para escuchar de mi boca sus alabanzas. Pero siempre he juzgado, que á la honra de mi país y á la gloria misma de ITURBIDE cumpla mejor ofrecerle á vuestra consideración, como el ejecutor de la voluntad nacional, cuando llevó á cabo la gran empresa cuyo recuerdo celebramos hoy. De considerar así el origen de nuestra independencia pienso sa-

—4—

car instrucciones, á mi modo de ver, provechosas para nosotros en el azaroso tiempo en que vivimos.

Durante la lucha que comenzó en 1810, la idea de nuestra emancipacion política habia germinado en el ánimo de todos los mexicanos. El mismo pueblo reconocia por instinto, el derecho que teniamos de romper los vínculos que nos unian con la Metrópoli; no para serle hostiles, sino para desempeñar en el Nuevo Mundo la mision noble, que la Providencia ha encomendado á los pueblos de sangre española. Faltaba solo conocer y aprovechar el tiempo conveniente para ello. Los hombres graves que por entonces dirigian la opinion pública, juzgaron oportuna la época en que España por la segunda vez tentaba salir del régimen absoluto, para entrar por el camino de la monarquía constitucional. Abrigó este mismo pensamiento el alto clero mexicano temeroso de las reformas que las Córtes apuntaban; y le abrigó tambien la mayoría de los españoles aquí residentes, desagradados de la constitucion de 1812, que menzaba y mucho el poder de la corona. La independencia, pues, era deseada por todos; y el mas ilustre de los mexicanos se encargó de ejecutarla.

Vosotros sabeis con qué diestra política dió feliz cima á su alta empresa, concertando las voluntades de los que poco habian eran enemigos jurados, y respetando los derechos de todos, hasta las pretensiones de la familia de Borbon. Un príncipe de esta sangre habria de ser el fundador de la dinastía, que rigiera los destinos de la nueva nacion formada de mexicanos y españoles. De esta manera ITURBIDE, al proclamar la libertad de su patria, no encontró oposicion, porque tanto así llenaban el pensamiento universal su plan y su tratado; y tanto así satisfacian la necesidad mas grave y mas urgente.

Despues de tantos infortunios como han amargado nuestra existencia política, el corazon de los buenos mexicanos se dilata de alegría, al recordar hoy la entrada del EJÉRCITO TRIGARANTE en la capital del VIREINATO.

Bien sé que algunos han juzgado el plan de Iguala y el tratado de Córdoba, como un lazo que mutuamente se tendieron enemigos disimulados. Por mi parte rechazo esta idea calumniosa, que reduciria el papel de ITURBIDE al de un intrigante afortunado, y que daria á la independencia de México un bastardo origen. Cunde maliciosamente la opinion, de que los primeros caudillos del levantamiento de la colonia contra la Metrópoli apenas son dignos de ser considerados como capitanes de bandas, que recorrian la tierra

—5—

para desolarla. Y si ahora decimos, que la obra del héroe de Iguala solo fué una trama bien urdida, y no el cumplimiento de la voluntad nacional ¿con qué títulos nos presentaremos ante el mundo, para tomar asiento, permítaseme la frase, entre los pueblos de buen linage? No, ciudadanos, digo y proclamo, que el origen de nuestra emancipacion no ha sido espúrio, y que podemos blasonar de él ante las gentes de corazon leal.

Un historiador de las cosas de España y eminente escritor, al tratar de las revueltas de las colonias, ha pronunciado, bien que en embozados conceptos, un juicio muy severo en contra de los americanos españoles. Llama ingrato y villano proceder el separarse de la madre pátria, cuando su rey estaba cautivo, y España ocupada por las huestes del invasor; y casi adopta el dictámen de los que aseguran, que procuramos nuestra independenciam fuera de sazón, por no tener la madurez necesaria para organizar un Estado, y para gobernarnos por nosotros mismos. Templadamente y muy de paso podria responderse á lo primero: que los mexicanos siguieron entonces el ejemplo que sus padres les daban allá en la península, cuando, con todo y blasonar de fieles, aprovechaban la ocasion que se les venia á las manos, de recobrar con usura las libertades y los fueros olvidados durante la dominacion de sus monarcas.

Mas grave es, si bien se medita, lo segundo. Suponed, ciudadanos, que ITURBIDE; que los directores de la opinion pública; que la nacion toda se hubiera engañado fatalmente, al escoger la época menos apropiada para nuestra independenciam. Toda la escena que tengo delante de mis ojos deberia cambiar: ITURBIDE no seria para nosotros un varon ilustre, cuyo nombre habria de pasar á la memoria de nuestra posteridad: en vez de pregonar sus alabanzas en estas solemnidades, apenas podriamos contenernos para no maldecirle al recuerdo de su obra y de nuestra desgracia: no fuera este dia el de una festividad nacional, sino un aniversario de duelo y de quebranto; y á los que siembran entre nosotros el desaliento y la desesperacion, dando por segura nuestra ruina ¿qué podriamos responder? Mirad, ciudadanos, si es digno de combatirse un juicio de consecuencias tan funestas; y si cumple al orador encargado de felicitar á la nacion, decir algunas palabras acerca de punto tan esencial. Por mi parte, bien penetrado de este deber, expondré algunos conceptos escapados á la aguda penetracion del escritor á que me he referido. Como que voy á defender nuestro origen político, espero que me presteis vuestra atencion.

—6—

Nacieron los grandes sistemas coloniales al espirar los tiempos de la edad media, cuando despuntaba la moderna civilización con sus maravillosos inventos; y cuando crecía el poder de los monarcas, menguado ó estinguido el de los grandes vasallos. Desarrolláronse despues á la sombra del gobierno absoluto, tomando de él su substancia y su vida. La historia nos refiere, que las colonias españolas comenzaron en el reinado de los Reyes católicos, llegando á su virilidad durante la dominacion de la familia austriaca; y que descubierto por Cabot el norte del nuevo continente en los tiempos de Enrique VII, se pusieron en los de Isabel los cimientos de la primera colonia inglesa. ¿Seria esto una mera casualidad, ó bien los sistemas coloniales de la edad moderna, edificios verdaderamente gigantescos, debieron fundarse bajo la influencia del poder absoluto? Estimo como mas cierto esto último, y creo que vosotros tambien lo juzgareis así.

Soberanos como los de la feudalidad, de escasas rentas y entretenidos en combatir á la nobleza, no habrian podido llevar á cabo obras, que suponen en quien las intenta, ámplio poder y hacienda desempeñada. Asimismo en los tiempos que alcanzamos, atendidas nuestras ideas sobre los derechos políticos, nuestras máximas de comercio libre, y nuestros presupuestos votados con economía, son muy difíciles de emprender los grandes establecimientos coloniales, cuyo buen éxito suele ser incierto, el lucro dudoso y el desembolso seguro. De notar es, que el conquistar y poblar estas regiones vírgenes y como tales, desprovistas de todo lo que la cultura europea miraba como indispensable para la vida, pedían hombres esforzados y del temple de aquellos que solo las antiguas generaciones han producido. Fidelidad al Rey; valor temerario como el de Cortés y sus soldados; audacia inconcebible como la de Pizarro y sus compañeros de aventuras; y constancia firme é indomable como la de Smith; tales eran las cualidades de estos hombres, y tales las virtudes que exigian aquellas empresas aventuradas y difíciles.

Creadas, pues, las colonias á la sombra del poder absoluto, consiguiente era convertirlas en provecho exclusivo de las metrópolis; lo que se creia alcanzar, segun las ideas que reinaban en aquellos tiempos, adoptando una legislacion mezclada para el comercio extraño, y permitiendo el tráfico únicamente con la madre pátria. Y aunque los otros Estados de Europa hubiesen incurrido en la misma falta, encareció la mas España, limitando la facultad de comerciar á determinados puertos. De esta manera, sin temor de errar podré

—7—

decir, que el régimen colonial se asentaba sobre dos bases, el poder absoluto de los reyes mas ó menos templado, y lo que ahora llamamos legislación restrictiva.

Pues bien ¿qué cosa mas natural que, cuando se debilitaron ó destruyeron en época vecina esos principios constitutivos del sistema, el sistema mismo viniera por tierra? Mas temprano que en las otras naciones europeas se menguó en Inglaterra el poder de la corona, y por eso mas temprano asomó la democracia en sus colonias de América, y mas temprano tambien rompieron los vínculos de la madre patria. Del mismo modo, cuando en nuestra antigua metrópoli hubo desaparecido hasta la sombra del poder absoluto, „entónces comenzaron á desgajarse del tronco paterno, una „en pos de otra, las ramas fructíferas del imperio español.” En verdad, no se concibe cómo hubiera podido tenerse en pié su organizacion colonial, despues de los terribles sacudimientos ocasionados por el ímpetu de la revolucion francesa: ni se concibe tampoco, cómo hubieran podido vivir juntos el antiguo régimen restrictivo y la teoría de los economistas modernos sobre el comercio libre, en gran parte confirmada por la esperiencia.

Ahora, en nuestros dias se ha apresurado el gobierno inglés á ensanchar la libertad política de sus colonias de Indias, conociendo que las antiguas máximas no pueden sostenerse; y España misma, desafecta á innovar reglas de mucho tiempo arraigadas, ha concedido á las suyas franquezas para el tráfico exterior, mayores que las permitidas en la Península por ley y por costumbre.

Diré, ciudadanos, para concluir estas consideraciones generales, que si los tiempos del Siglo XVI fueron á propósito para la conquista del nuevo mundo, y para la fundacion de las colonias españolas; los del principio del Siglo XIX debieron ser la época de su emancipacion.

Sube de punto la fuerza de estas razones, aplicándolas especialmente á los mexicanos. Estadistas españoles del siglo pasado censuraron la proteccion, que su gabinete otorgó á los norte-americanos en su lucha con los ingleses, temiendo con fundamento, que la vecindad de una república despertara en los naturales de estos países el deseo tan grato á las colonias de separarse de la madre patria. Pues ¿cuál influjo no debió ejercer sobre el ánimo de los mexicanos el ejemplo de sus hermanos de la otra América, que en su mayor parte habian organizado gobiernos independientes y amoldados á las ideas de libertad, que entonces reinaban? El político, al examinar las causas de los sucesos, que se cumplie-

—8—

ron en aquella sazón, no puede perder de vista que todos los americanos españoles por tácito y natural concierto, se habian mancomunado, para triunfar en la prolongada lid trabada con España desde 1810. México, pues, no se engañó llevando á cabo su emancipacion; y la gloria de ITURBIDE, al ejecutar la voluntad general, es tan grande y de tan buena ley como la gloria de Bolívar.

Quizá, ciudadanos, al oirme repetir este pensamiento, juzgareis que estoy empeñado en deslustrar la fama de ITURBIDE, cuando no es este mi propósito, sino antes bien el de encarecérosla. Es verdad que algunos piensan, que los hombres históricos han producido los grandes acontecimientos del mundo á su albedrío; pero este error es propio de los que detienen su consideracion en las exterioridades de las cosas. Los que penetran mas, conocen que los grandes hombres nada han creado de propio caudal; y que solo se han puesto al frente de una generacion ó de un pueblo para dirigirle, y para llevar á cabo aquello en lo que todos han convenido, sin perder de vista los destinos del linage humano, y apropiándose las ideas de su siglo por lo que tienen de moral, de generoso y de benefico. Y mientras mas se han ajustado á este modelo, mas grandes los proclama el mundo, y mayor solidez tienen los edificios que han levantado.

Se encuentra registrado en los modernos anales el nombre de dos varones ilustres, cuya fama se ha difundido por el orbe. La vida del uno parece una epopeya inventada para avasallar nuestra imaginacion con su grandeza; mientras que la gloria del otro, menos brillante, aunque de mas subidos quilates, ha prendado el corazon de los que estiman en mucho las virtudes republicanas. Bien comprendereis que os hablo de Napoleon y de Washington. Pues bien: cuando en los venideros tiempos se escriba la historia de nuestra edad, estoy seguro de que entonces se llevará la palma sobre el guerrero sin igual, el virtuoso ciudadano de la Virginia: todavia mas; respecto de Napoleon se pondrán de una parte las hazañas del primer Cónsul, para admirarlas, y de la otra las del Emperador, para lastimarse de ellas. Y este fallo de la posteridad será justo, porque Washington y el primer Cónsul en lo que hicieron, obsequiaron la voluntad de sus conciudadanos; mientras que el Emperador corrió des-acordado tras la imágen de una dominacion, cuyos límites fijaría la victoria en los campos de batalla. Así es que la obra del primer Cónsul y la de Washington subsisten y subsistirán por mucho tiempo, y la del Emperador desapareció al espirar su fortuna.

—9—

Después de lo que he dicho ¿habrá quien desdeñe por corta la alabanza que he rendido al mérito de ITURBIDE? y se juzgará poco llamarle ejecutor de la voluntad nacional? Bien sé que el pueblo le ha reverenciado como el autor de la independencia; bien sé que estas creencias populares deben respetarse, porque en todos los siglos las naciones han divinizado á un hombre, apropiándole en sus tradiciones y en sus cantos la gloria nacional; y si algun mexicano merece entre nosotros que se le rinda tal homenaje, ninguno tiene para ello mejores títulos que el inmortal ITURBIDE. Pero hagamos como los guerreros, que si dirigen la vista hácia su estandarte en lo mas récio de la pelea, allá en lo interior tienen siempre delante la imagen de la patria.... Ciudadanos, antes que todo, la gloria de México, y después de ella colocaremos la de sus mejores hijos.

Al decir que la independencia fué obra de la nacion, y que para consumarla escogió el tiempo mas oportuno; y al hacer de este pensamiento la idea cardinal de mi alocucion, no ha sido mi propósito presentar un tema nuevo, para formar sobre él un discurso académico que despertara vuestra curiosidad. Mi intencion ha sido á la vez que felicitaros en este dia, por el fausto acontecimiento, cuyo aniversario celebramos, poder sacar de esa idea, como dije al principio, consecuencias provechosas para nosotros en estos difíciles tiempos. Su turbacion, nuestras discordias, las alteraciones consiguientes y una desgraciada guerra, han estremecido hasta en sus cimientos, á nuestra patria empobrecida y desgobernada. Al azote de tan récios temporales el espíritu de muchos ha flaqueado, y el desaliento ha cundido, pensando no pocos que nos hemos engañado al acelerar nuestra emancipacion, y que por ello nuestra ruina es infalible. No basta para disipar estos temores el considerar que muchos pueblos, habiéndose visto en trances amargos y cercanos á desaparecer, han salido triunfantes de las pruebas á que los sujetó la Providencia; porque tambien cuenta la historia los últimos momentos y la extincion de otros que no pudieron resistir. Mas esta diferencia nos manifiesta bien claro, que la regla para juzgar de la suerte de los estados, no puede ser una misma: sin duda perecerán los que han desconfiado de su porvenir, convencidos de que sus elementos orgánicos caducaron; pero aquellos que sienten dentro de sí el fuego de la vida, lejos de desmayar, cobrarán aliento para proseguir por su difícil sendero.

Los mexicanos tienen esta íntima conviccion, porque al conquistar su independencia, emprendieron una obra justa y

—10—

conveniente; y porque despues, al constituirse, adoptaron los principios democráticos, harto vivificadores de suyo, y los únicos que pudieron abrazar cuerdamente. Hé aquí, ciudadanos, por qué me he empeñado tanto en proclamar que nuestra emancipacion no fué la obra de un mexicano, si no la de todos; y que siendo justa por demas, de lo cual nadie duda, se consumó á su debido tiempo. A medir las obras de los pueblos por la escala con que se miden las de los individuos, aun los hombres menos afectos á declamaciones vagas confesarán, que nosotros, al hacernos independientes, obedecemos la voz del que dispone de los destinos de los pueblos: de ello no puede resultar nuestra ruina, porque seria un pensamiento abominable suponer que la Providencia tiende lazos á las naciones para perderlas.

Confíemos, pues, en que México sabrá aprovecharse de las lecciones que la experiencia le está dando: *que sacará el remedio de lo sumo del mal, y que verá comenzar su regeneracion en el periodo de su mas profunda decadencia.* Mirad; bien podemos decir que todavia ayer la situacion de la república era harto lastimosa. Arrancados de su asiento, ó combatidos los gobiernos legítimos de unos Estados; recorrido el territorio de otro por facciosos que sembraban el desórden y predicaban la rebelion; y arruinados hasta la miseria los fronterizos por las incursiones de las tribus bárbaras, el gobierno general aparecia en profunda postracion y desacertado en sus consejos. Cuando mas empeñados estabamos en un negocio de consecuencias graves para el país con el gabinete de Washington, oíase por todas partes el sordo rumor de los revolucionarios, que pedian la caida de las personas y de las cosas. ¡Qué espectáculo! No pudiera ofrecerse otro mas desconsolador ni mas aflictivo; y tal pudiera decirse, que en el siglo diez y nueve y para México, se habian renovado los malos tiempos de las repúblicas italianas.

No desaparece aún la tempestad; pero tengo fé de que la nacion saldrá bien de esta prueba. Mucho es ya que el difícil negocio sobre la comunicacion de los dos mares, haya recibido una solucion pacífica y honrosa; mucho es ya que la nacion haya desoido los consejos de los perturbadores de la paz, y que el ejército de antes aficionado á cambios, haya permanecido obediente al gobierno y fiel á las instituciones.

Pasada esta crisis ¿no es de aguardarse fundadamente que los Estados abran los ojos, y que conozcan cuanto les daña el desvío, que mas ó menos han manifestado para con el poder central? ¿No es cierto que se persuadirán de que [en su

—11—

mayor parte] nada pueden por sí solos, ni restaurar el orden alterado por los levantamientos, y ni aun defenderse de las depredaciones de los bárbaros? Por su parte el gobierno de la Union se penetrará de que su política actual le ha de ser funesta, y de que su única tabla de salvacion consiste en llevar á cabo las leyes fundamentales. Es seguro que todos los buenos patricios unirán sus esfuerzos, para mudar un estado de cosas tan deplorable, concertando los medios mas á propósito para alcanzarlo.

Proponen algunos como adecuada al intento una revolucion á mano armada, y depositar los destinos de la República en las manos de un dictador. Miro tal consejo como una calamidad; porque una nueva revolucion no haria mas que acrecer el número de las que hemos visto pasar, estériles de buenos resultados y fecundas en turbaciones y violencias. Con el mismo derecho con que ahora nos levantamos para derrocar lo existente, otros á su vez destruirian lo que hoy triunfase; y una vez entrados de nuevo por el camino de los desórdenes ¿quién puede predecir hasta donde iriamos á parar? Mientras que los males que causa una constitucion imperfecta, sabemos en lo que consisten, y hasta qué punto nos dañan. En cuanto á los dictadores, por ilustres y elevados que los supongamos, siempre tienen en su contra, que cuanto edifican por sí propios, tanto viene por tierra al fenecer su poderio. Guardémonos de dar márgen al mundo, para que con razon nos apliquen lo que un antiguo dijo de los atenienses amigos de alteraciones y mudanzas: “Torbellino y desorden los gobiernan; de sus consejos se han separado las providencias conservadoras.”

Mi dictámen seria, ya que alguno debo de dar, que procurásemos el cambio de nuestra situacion por las vias legales, prestándose á ello con gran facilidad la constitucion vigente; pero aun esto lo juzgo infructuoso, si no nos penetramos del verdadero espíritu de la federacion, espíritu de mútuo auxilio y no de tibia amistad ó indiferencia, segun que hasta ahora le hemos entendido en la práctica.

Ciudadanos: las mas veces al finalizar estas alocuciones se ha hecho un llamamiento patriótico á todos los mexicanos, para que abandonando las banderías políticas á que pertenecen, se reunan en torno de la patria. Deseo tan puro es imposible de realizarse; porque donde hay gobiernos constitucionales, forzoso es que haya diversidad de pareceres y de sistemas, en lo cual consiste la esencia de los partidos públicos. Pero si es verdad que en una república no puede aconsejarse su extincion, sí puede exigirse de ellos que no traspasen los límites legales;

—12—

y que combatan lealmente en los debates públicos. Siguiendo esta idea, si mi voz fuese bastante poderosa, los conjurara en este momento, para que francamente manifestáran su opinión acerca de los males que aquejan á nuestra pátria: exceptuaría únicamente a los que desalientan, y á los que proclaman una dictadura: á los primeros, porque no tienen mas divisa que dejarnos vivir á la ventura; y á los segundos, porque arrancan de cimientos el orden constitucional. ¡Ojalá que en este debate noble y sincero alcanzáran el triunfo los hombres que defienden los principios republicanos, y que á la vez aman la libertad y el orden! Ellos conducirán á la Nación por el sendero del progreso templadamente y sin ofensa de lo que tiene de bueno y de grandioso nuestro carácter nacional.

Para concluir, aplicaré á la república mexicana lo que de todos los pueblos ha dicho un historiador moderno de alto renombre: “Dios no desampara jamás á las naciones que tienen esperanza en su porvenir; es verdad que atraviesan por senderos difíciles, y que pasan por crisis peligrosas; pero es para presentarse ante el mundo mas grandes con la grandeza de la victoria alcanzada despues de los reveses”... Ciudadanos: la República Mexicana confia en su porvenir; y la mano de Dios lejos de abandonarla, antes bien la protegerá.—DIJE.

